



# **HOMILÍA DE ORDENACIÓN SACERDOTAL**

Conferida por Su Eminencia Rev.ma.

**CARDENAL GIUSEPPE BERTELLO**

Presidente emérito del Estado de la Ciudad del Vaticano

Basílica Papal de San Pablo extramuros, Roma

7 de mayo de 2022

Si para cada obispo la ordenación sacerdotal es siempre una alegría y una ocasión para agradecer al Señor el don de una vocación que llega a la meta del sacerdocio, lo es aún más para mí por la amistad fraternal que me une a su Congregación desde hace tantos años. Gracias, querido Padre John, por este grande regalo.

Nuestra alegría es, ante todo, expresión de alegría y gratitud de la Iglesia al Señor por haber llamado a estos jóvenes a consagrar su vida a Él y que hoy los cuenta entre sus ministros. Es la alegría de todos los legionarios, de las comunidades donde han vivido, de los superiores y formadores que los han acompañado durante el largo y exigente camino de preparación espiritual e intelectual. En estos momentos, nuestro pensamiento se dirige también a sus familias, especialmente a aquellas que no pudieron estar presentes pero que están cerca de nosotros en el afecto y la oración.

Las páginas de la Escritura, que se han propuesto para nuestra meditación, nos ayudan a prepararnos para la solemnidad del rito de la Ordenación, que con sus gestos y palabras es ya una homilía. Me gustaría detenerme en el pasaje del Evangelio de Juan, que nos remite a la Última Cena, a Jesús rezando por los Apóstoles. Ellos pertenecen ahora a Dios, que los ha llamado a través de Él y se han hecho suyos. Ahora, que está a punto de tomar el camino del Calvario y no estará más entre ellos, se dirige al Padre porque se quedarán a la merced del mundo y estarán privados de su presencia y protección visible.

¿Qué pide Jesús para ellos y para los que ocuparán su lugar en los siglos venideros? Entonces, ¿para nosotros también? Dos temas lo dominan todo. *No te pido que los saques del mundo, sino que los protejas del Maligno. No son del mundo como yo no soy del mundo.* Hasta este momento, Jesús había sido el punto de encuentro de su pequeña comunidad, tanto era su centro que habían dejado todo, familia y trabajo, y se habían hecho uno con Él.

Sin embargo, cuando no esté más entre ellos, no deben perder la confianza y la alegría porque Él vive con el Padre y recibirán al Espíritu Santo. Jesús no pide que sus discípulos vivan en un mundo idílico, donde todo es fácil, sino que su fe sea salvaguardada y preservada en medio de las dificultades, las incomprensiones, las tentaciones, no confiando en sus propias fuerzas. El Papa, durante la Misa Crismal del Jueves Santo, nos recordó que no debemos dejarnos hechizar por la tentación del triunfalismo, del éxito, ni enjaularnos en la mentalidad de un simple funcionario, que, en lugar de mantener la mirada fija en la Cruz de Jesús, se alegra de sus propias capacidades.

Queridos candidatos a la ordenación, dentro de unos instantes impondré mis manos sobre sus cabezas y, conmigo, lo harán todos los presbíteros presentes. No hay palabras porque el gesto habla por sí mismo y, como saben, indica la efusión del Espíritu Santo, que en la tradición bíblica es el signo de la bendición de Dios y de la concesión de una misión particular.

*Con el gesto antiquísimo de la imposición de manos – dijo el Papa Benedicto en una de sus homilías - el Señor toma posesión de mí diciendo:*

*“Me perteneces”. Pero, con esto, también dice: “Estás bajo la protección de mis manos. Estás bajo la protección de mi corazón. Estás guardado en el hueco de mis manos y así estás en la inmensidad de mi amor.” (13.4.2006).* Cuando se encuentren en momentos difíciles de su vida sacerdotal, piensen en esta presencia, en esta protección del buen Dios. Él mantiene siempre su mano sobre ustedes, quiere acompañarlos y protegerlos en cada momento.

En su oración al Padre, Jesús pide ahora: *Conságralos en la verdad. Tu Palabra es la verdad... Por ellos me consagro, para que también ellos sean consagrados en la verdad.* Santificar significa apartarse de todo lo profano y dedicarse a Dios. Toda ofrenda debe ir acompañada de una disposición a la oblación y, Jesús, con estas palabras, se consagra a sí mismo y a todas las cosas al Padre. La consagración de Jesús es, ante todo, una separación del mundo, que lo convierte en propiedad exclusiva del Padre, y una oblación porque se entrega a Él ofreciéndose como víctima en la Cruz. En consecuencia, también nosotros, como los apóstoles, somos sacerdotes y consagrados porque estamos unidos a Jesús, único y eterno sacerdote. Dejémosle entrar en nuestro corazón. Vacíémoslo de todo lo que impide nuestro encuentro con Él. Arrojámonos a sus brazos, confiemos totalmente en Él. Dejémonos llevar a donde Él quiera que vayamos.

Cuando unja sus manos con el Santo Crisma diré: *El Señor Jesucristo, a quien el Padre ha consagrado en el Espíritu Santo y poder, te custodie para la santificación de su pueblo y para el ofrecimiento del sacrificio.* Ya en el Antiguo Testamento la unción es símbolo de santidad y con la unción, una vez más, el Señor toma posesión de ustedes y les confía una misión particular. Retorno a la homilía del Papa Benedicto: *La mano del hombre es el instrumento de su obrar, es el símbolo de su capacidad de afrontar el mundo. El Señor quiere ahora que nuestras manos se conviertan en sus manos en el mundo. Quiere que ya no sean instrumentos para tomar las cosas, sino que transmitan su toque divino, poniéndose al servicio de su amor.*

Jesús continúa en su oración: *Como tú me enviaste al mundo, yo también los he enviado al mundo.* La vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda, su servicio al hombre es predicar el Evangelio de Jesús, perpetuar su sacrificio en la misa, memorial de su muerte y resurrección, ser el canal de su gracia. Nuestra consagración no es para nosotros, sino para aquellos a los que somos enviados, para transmitirles y comunicarles lo que hemos recibido para que, siguiendo sus huellas, con su mismo amor y obediencia, su Palabra dé mucho fruto y con la gracia del Espíritu Santo llegue hasta los confines de la tierra a través de nuestra predicación y del testimonio de nuestra vida.

Madre Teresa escribió a un sacerdote: *“Crezcamos cada vez más en la semejanza de Cristo para que todos los que nos encuentren, cuando nos miren, sólo vean a Jesús en nosotros y a través de nosotros” (Madre Teresa, Ven sé mi luz, p. 299)* porque el apóstol arrastra a los otros sobre todo con su testimonio de vida y su modelo de obrar.

El buen Padre Álvaro, de santa memoria, en la carta que envió a la Congregación por el Año Sacerdotal, describió la figura del Legionario como un hombre de Dios que lleva a Cristo a las almas y les ofrece lo que

ha contemplado; como un humilde servidor de todos con el mismo espíritu de servicio de Jesús, que se humilló haciéndose obediente hasta la muerte; como un incansable salvador de almas, y añade: *el sacerdote debe ser siempre una puerta abierta a todos, debe saber escuchar, tratar a cada persona con todo su corazón, dedicando a cada uno el tiempo necesario, amando y acogiendo a todos como el mismo Jesucristo. No da sólo su tiempo, sino su misma vida sin límite alguno. Se puede decir que su vocación es ser mártir del servicio del prójimo. Una sola alma vale la pena todo el esfuerzo de un sacerdote (El amor es más fuerte, pág. 270).*

Antes de la oración de ordenación, harán un gesto rico de significado, que siempre impresiona: el de postrarse en tierra, como Moisés y como el Vidente del Apocalipsis, que se postra a los pies del Hijo del Hombre. Con ustedes, invocaremos la intercesión de todos los santos para que se unan a nosotros para pedir al Señor su ayuda para su ministerio, los fortalezca con los dones de su gracia y les dé la certeza de que siempre estará con ustedes. Hoy inician un camino que no saben a donde los llevará, pero tengan la seguridad, estén donde estén, el Espíritu del Señor será su fuerza y su luz.

Los encomendamos a la Virgen María, Reina de los Apóstoles. Pongan su mano en la suya y pídanle que los cuide, que los protejas y preserve, como hizo con Jesús.